

Hay tanto todo que la nada se esconde casi gentilmente

Texto leído en la presentación conjunta de *Skinny Cup*, de Martha Asunción Alonso, y *Las señales que hacemos en los mapas*, de Laura Casielles. Sevilla, 15/XI/2014.

Hace casi diez siglos, Guillermo de Aquitania empezaba su vacilón y modernísimo Canto IV con un verso muy famoso en la historia de la literatura: “Haré un poema de la pura nada”¹.

Desde que lo conozco, yo no he dejado de encontrarme ese verso, más allá de su literalidad, en muchos otros soportes, en muchos mapas, en muchos muros.

Por ejemplo, he visto esas palabras icónicas e irónicas, casi desafiantes, de Guillermo el Trovador en la carcajada rota del barroco y en aquellos esqueletos bailongos del cinematógrafo; las encuentro en aquel palíndromo en latín que adoptó sin amargura Guy Debord, *In girum imus nocte et consumimur igni* (“Damos vueltas en la noche y somos consumidos por el fuego”)²; y las encuentro en cada negación que no se agota en sí misma, como la bota que pisa la hierba, sino que se hunde para florecer en otra parte.

Vamos dejando señales en los mapas y en los muros. Ese es nuestro destino, ese es nuestro oficio, esa es nuestra obra. Esa es la tesis sencilla y valiente que también enseñan estos libros.

Y en cada una de esas muescas siempre provisionales, siempre expuestas a la lluvia y al derrumbe, se fundan a cada instante las ciudades. “Nosotros somos los fundadores de la ciudad. / No hay nombre antiguo ni lejano que tenga la culpa de nuestros pasos”, nos advierte Laura.

Es el vivir, y no la vida, ni mucho menos la historia, el que inaugura y nombra y nos define.

No tiene sentido así hablar de la ciudad sin pensarla como una vasija que está siempre en el torno, haciéndose, haciéndose, haciéndose. Lo demás son solo otros nombres de la muerte.

Es más útil, creo yo, plantear que estos dos poemarios se ocupan no en sí de “la ciudad”, como institución estable, como orden impuesto, sino en conciencia y sobre todo de lo urbano, ese magma. Lo demás son solo otros nombres de la muerte.

Es la gente que cruza y que se cruza la que da cuerpo vivo a cualquier organismo que pudiera abrazarlos. Es el pájaro que no cambia el bosque por la palabra *bosque* “porque vivir / no cabe en un museo”, como recuerda Martha. Lo demás son solo otros nombres de la muerte.

En este mundo que los aviones pliegan y despliegan como su representación, en este mundo mapa de escalas estrechadas, tal vez todos estamos condenados a terminar como Simbad: nostálgicos de la paz del jardín cuando las olas baten; nostálgicos del horizonte y la aventura cuando el hogar calienta demasiado; desubicados siempre. “¿Este tiempo débil nos hace necesariamente nómadas?” se le ocurre preguntar a Laura en la magnífica ‘Historia desde el punto de vista de los nómadas’ que cierra su libro.

Quizá, como algunas veces le he escuchado a Martha, el único viaje posible es el de vuelta, volver a la ciudad donde nacimos, al soportal donde aprendimos a escribir, a la

pared de la pobreza, “para volver / ayer / a ser feliz” como ese pájaro del sur que vuela por su *Skinny*. Pero quizá, como parece que respondiera Laura, “Desde el punto de vista de los nómadas *regresar* es una palabra que no existe. / Ni tú ni el viejo cerro sois el mismo”.

Y en una estremecedora confesión, también ella nos avisa del terror que impone elegir la distancia: “El terror de saber / que un día te llamarán con la noticia de que debes volver a casa / y llegarás / irremediablemente / tarde”.

La experiencia del desplazamiento con respecto a un eje de pertenencia territorial (o incluso a aquello que cantaba Battiato, “un centro de gravedad permanente”³) impregna los versos de las dos desde la experiencia nómada de sus vidas.

Dice Laura: “Yo no soy de aquí: / nada podría ofrecerte. / Esta casa no es mía, / no conozco este idioma, / los amigos con quienes cuento / también tendrán que irse.”

Y, en otro orden, Martha: “Pero hoy / ya no sé qué fue bello / ¿Tal vez nos edifican los hongos, / las estrías? Ya no sé / –quién lo sabe— cuánta historia nos toca / para seguir poniendo en cuarentena / lo que amamos”.

Evidentemente, no estamos hablando ya del viaje físico ni de una desubicación geográfica.

“No creáis al maestro cuando os hable de muros / prisioneros del hombre que los hizo” pide Martha, mientras que Laura recuerda las precariedades del cartógrafo: “A la orilla del mar o del desierto, / ahí donde ya no nos sirven los mapas, / el hombre de la norma está sin rumbo”, para revelarnos luego que la clave en esos casos está en la confianza, en “confiar”.

En otra de las posibles derivas de este discurso hacia una desubicación *positiva*, *Skinny Cup* es un canto al extrarradio, a la infancia y la adolescencia suburbiales como una identidad atravesada además por el género y la generación. Una de esas crías de los noventa, operada de patines, que nunca vio nevar en el barrio, es la que reconstruye la memoria excéntrica de la década anterior, de movidas de garaje y descampado que legaron su rastro de spray como una reescritura en los márgenes de las historias oficiales.

Como *Skinny*, *Las señales que hacemos en los mapas* también propone un ejercicio abierto de memoria sin preocuparse demasiado de rematar las costuras entre lo íntimo y lo público. Habla así en primera persona de la esperanza colectiva y política: “No nos llaméis primavera / si con eso queréis decir joven flor de los encarcelados / hermosura que no va a durar”.

O cuenta un viaje en tren de Tánger a Casablanca con la valiosa complicidad con la que podría relatarlo una postal dirigida a un amigo, pero con el sesgo atento de quien posa sobre todo lo que queda al alcance de su vista una mirada crítica. ¿Qué importa ahí donde termina el yo y dónde empieza el nosotros o el ellos?

El amor, finalmente, atraviesa también los dos poemarios. Es irresistible acordarse de aquél graffiti anónimo de Pompeya, del año 79 d.C., que Martha recoge como una de las citas que abren el libro: “Quienes aman que florezcan. Que perezcan quienes no aman. Que mueran dos veces aquellos que prohíben el amor”.

Y es que “el lugar del amor / son los buzones, las vallas de las obras, / las tapias de esas casas / donde anda la quiebra como un gesto de vida”.

El amor como una proyección de sí mismo en el espacio que el libro le consagra reconociendo una diferencia tan capital que sirve para estructurar incluso las dos partes del poemario: “la diferencia / entre el papel y el muro, / es la misma que existe entre DECIR / y HACER [...]. “La diferencia –sacándonos los ojos–, la gran diferencia entre el papel / y el muro, / es la misma que existe entre DECIR / y AMAR”.

En *Las señales que hacemos en los mapas*, el amor es el mejor ejemplo de territorio esquivo a su cartografía, como deja muy claro el poema ‘Casablanca. Estaciones, Aeropuertos’: “Inventamos cosas así / (abandonos, / elecciones, despedidas, / el miedo a los cruces) / como si llegáramos a creer / que tenemos el timón entre las manos”.

O con una claridad aún mayor, que recuerda a la del graffiti de Pompeya, otro poema ‘Imilchil. Quienes desde la jaula temen al animal que ven volar’, que es quizá mi texto favorito del conjunto y que termina con tres versos absolutamente conmovedores: “Prende fuego a las casillas, / todo el tiempo / la verdad ingobernable”.

Guillermo de Aquitania decía en esa suerte de monumento nihilista que es su canto IV: “Haré un poema de la pura nada. / No tratará de mí ni de otra gente. / No celebrará amor ni juventud / ni cosa alguna / sino que fue compuesto durmiendo / sobre un caballo”.

Yo me acordaba el otro día de unas palabras de Wislawa Szymborska que podrían dialogar con él, darle la réplica. Dice Szymborska “Hay tanto Todo que la Nada se esconde casi gentilmente”⁴.

Me gustaría cerrar con otro atrevimiento, prolongando otro poema, en este caso de la escritora danesa Inger Christensen, que también podría entrar en diálogo con el Canto IV de Guillermo de Aquitania porque es en cierto modo justo lo contrario, una sublimación de ese *tanto Todo* del que habla Szymborska, de todo lo que existe:

*las palomas existen, los soñadores, las muñecas,
los asesinos existen: las palomas, las palomas;
niebla, dioxina y días; los días
existen; los días, la muerte; y los poemas
existen; los poemas, los días, la muerte,⁵
Muelle existe; y Rabat y los polígonos
industriales existen; los hoteles, los caramelos Paco;
los aerogeneradores, el beso de Rodin y las sirenas,
las sirenas existen; la aguja en el bizcocho, la plaza Jema el Fná
el polvo; el polvo existe, los pequeños milagros,
los turistas, los ángeles menstruales, los poemas existen,
los nómadas, las baticao, las tinajas de garum;
los poemas, existen la lana y los baúles,
Martha y Laura existen, Laura y Martha, sus poemas,
existen Martha y Laura;
existe la alegría; la alegría*

de compartir con ellas
esta vida
existe

¹ Guillermo de Aquitania, “Canto IV”, incluido en *Poesía completa*, ed. y trad. de Luis Alberto de Cuenca. Ed. Renacimiento, 2007.

² Guy Debord toma este palíndromo en latín para titular su sexta película, estrenada en 1978.

³ *Centro di gravità permanente*, canción de Franco Battiato incluida en *La voce del padrone*, disco de 1981.

⁴ “Hay tanto Todo que la Nada se esconde casi gentilmente” es un fragmento de ‘La realidad exige’, poema (a veces dividido en versos y en otras ocasiones presentado como poema en prosa) de Wislawa Szymborska. La versión de este texto en español corresponde a Abel A. Murcia y está incluida en el libro *El gran número. Fin y principio*, Ed. Hiperión, 1997.

⁵ Las cinco primeras líneas corresponden al poema nº 5 de *Alfabeto*, de Ingrid Christensen, en la versión en español que Francisco J. Uriz ha hecho para su edición en Ed. Sexto Piso, 2014.